

MOVIMIENTOS POLITICOS UNIVERSITARIOS EN EL JAPON DE LA POST - GUERRA

Mientras redacto estas líneas llegan hasta mí los rumores de cantos, música y slogans vociferados por los altavoces y mezclados con el bullicio de la calle... Es la alborada mañanera con la que los universitarios del Zengakuren —una de tantas en su historia—, han querido despertar a la capital tokiense. Hace días que la manifestación estaba anunciada y hoy, por fin, varios miles de universitarios, —de los 250.000 que pululan en Tokyo—, se han lanzado a la calle para protestar contra una ley (el aumento de tarifas en los trenes para la población estudiantil), y defender “democráticamente” sus derechos y privilegios.

Este hecho me ha dado pie para enmarcar las reflexiones que sobre los movimientos estudiantiles, en el Japón de la post-guerra, trataba de expresar en estas columnas. Once años, ya largos, de “era post-bélica” ofrecen al que ha seguido un poco de cerca todos los acontecimientos nacionales, una perspectiva suficientemente amplia para poder juzgar con cierto criterio histórico las diversas corrientes y movimientos políticos, con sus relaciones de “causa y efecto”, especialmente entre la gran masa universitaria de Japón.

La influencia y repercusión de toda crisis o movimiento político en el elemento universitario, es un hecho tan evidente y su explicación tan obvia, que no merece la pena detenerse a comentarla. Sin embargo, este fenómeno común a cualquier país, es mucho más destacado en el caso de un país con una población universitaria tan alta como la del Japón. Las últimas estadísticas del Ministerio de Educación dan la cifra de 609.527 estudiantes.

El propósito de estas notas, después de describir los varios movimientos políticos universitarios, es tratar de dar una explicación a las causas originarias de los mismos.

Para examinarlas con más claridad vamos a encasillar las diversas corrientes o movimientos estudiantiles en dos grupos, que son la división espontánea —con sus extremismos por supuesto— de una misma voluntad enfocada por distintos caminos: el grupo izquierdista y el derechista.

Respecto a las vicisitudes del primero, un reposado examen de sus manifestaciones políticas, permite descubrir tres periodos, cada uno con sus características peculiares bien marcadas.

El primer período comienza con el cese de las hostilidades bélicas y podría prolongarse hasta el año 1947 ó 48. Es este el periodo que podríamos llamar de la “decepción” en masa de una juventud que, por primera vez en la historia de su nación, ve el suelo patrio ocupado por un poder extranjero. Todos los dogmas e ideales ultranacionalistas han quedado tronchados al golpe de una sola voz de mando de su Emperador, que ordena una rendición incondicional y declara que él no tiene la naturaleza divina que la tradición religiosa le ha atribuido por siglos.

Las agudas dificultades económicas concomitantes de la post-guerra son la característica más peculiar de este primer período. Sin embargo, el movimiento estudiantil empieza a organizarse en pequeños grupos independientes en un principio y más tarde federados en células organizadas en torno a universidades del mismo tipo. Ni sus principios políticos, ni sus reclamaciones sociales están aún concretamente definidas. Solamente el anhelo de una restauración nacional, basada en principios diametralmente opuestos a los que habían conducido a la catástrofe, era el que les movía a unir sus esfuerzos juveniles por un “nuevo Japón”.

Los comunistas vieron bien pronto, el potencial político contenido en estos grupos, e infiltrándose en ellos a través de sus bien entrenados líderes, conquistaron los puestos claves de todo el movimiento estudiantil. Un gran éxito coronó su esfuerzo por unir todo el frente universitario, cuando en Septiembre de 1948 quedó constituida la Unión Independiente de Agrupaciones Estudiantiles (Zengakuren). Los tres principales puestos del Comité ejecutivo estaban en manos de comunistas: Taikei Aiko, como primer Presidente; Takahashi Sasuke (Waseda) de Vice-presidente; y Takahashi Hinedori (Todai) como Secretario General.

Ninguna sombra de sospecha de esta infiltración comunista apareció en los programas oficiales de la nueva Unión. Todos los blancos político-sociales de la

misma querían orientarse en un orden puramente relacionado con los problemas escolares: democratización de las instituciones educacionales; defensa de los derechos fundamentales de profesores y administradores; libertad académica; mejoramiento de la vida del estudiante; oportunidad de medios de educación para todos; etc.

Pero las intenciones reales de la Unión (Zengakuren) —digamos las de sus líderes comunistas— quedaron claramente manifiestas al hacer pública su solicitud para ser admitidos en la Unión Internacional de Estudiantes (I. U. S.), organización estudiantil combinada totalmente por los comunistas, con su sede central en la capital de Bulgaria, Sofía.

En su periodo de mayor auge la Unión de estudiantes (Zengakuren) llegó a contar con una filiación de 394 uniones independientes, representativas de un total de 350.000 estudiantes. Naturalmente que sólo el reducido grupo de dirigentes de la Unión, pagados por el partido comunista japonés, conocían los verdaderos fines políticos de la misma, a saber, la preparación para la lucha por la conquista del poder.

Los verdaderos propósitos de los dirigentes comunistas de la Unión quedaron bien claros en varios conflictos y luchas entre la Unión y las autoridades. Todas ellas están incluidas entre los años 1948 y 1952, que vamos a considerar como el segundo periodo de nuestra división.

Precisamente el límite del mismo está fijado por el incidente violento del famoso "1° de Mayo" de 1952, —May Day, Día del Trabajo—. Entre las decenas de miles de manifestantes que recorrieron las calles de Tokyo en demostración "anti-ocupacionista" se contaban más de 10.000 universitarios de la Unión, de los que un buen número cayó en manos de la Policía. Cada una de las ocasiones en que se usó de la violencia para conseguir los objetivos de la Unión, quedó ésta tácitamente condenada por la subsecuente baja de afiliados de la Unión. Y para la fecha del incidente del 1° de Mayo los miembros del Zengakuren habían descendido a un cuarto de la cifra cumbre antes citada.

El tercer periodo, desde el año 1952 hasta nuestros días, está caracterizado por el cambio de táctica en la propaganda y campañas políticas. La actuación violenta del partido comunista infiltrado en la Unión de Estudiantes, fue duramente criticada en el Kremlin y de hecho el presidente del partido tuvo que pasar a la penumbra como consecuencia de esta disconformidad de Moscú

con sus tácticas proselitistas.

Fracasados en el uso de la violencia, tratan de camuflarse tras el slogan de la paz, siempre, claro está, con la misma inspiración filocomunista. De este matiz "pacifista" fueron todas las sucesivas campañas entre estudiantes, especialmente la campaña contra la ampliación de las bases militares, el movimiento anti-bomba H, etc.

Todas estas actividades realizadas no exclusiva pero sí principalmente entre los universitarios, sirvieron para recuperar en parte las bajas sufridas en sus filas en el anterior periodo.

No podemos detenernos a relatar, ni siquiera brevemente, todos los movimientos derechistas (de más de veinte grupos o uniones distintas tenemos información) entre los universitarios de la post-guerra. Ello nos llevaría fuera de los límites de este artículo. Sin embargo, no podemos dejar de citar los dos movimientos principales que, aunque en número y popularidad no pueden compararse con la gran Unión del Zengakuren, sin embargo, suponen una corriente considerable del pensamiento político universitario.

El más antiguo y también el más influyente es, sin duda, "Nippon Kensei Kai" (Japan Sound Youth Society) establecido en 1946. Aunque en sus filas militan también jóvenes no estudiantes, la mayoría de sus 10.000 miembros pertenecen al elemento escolar. Sus principales lemas políticos están anunciados en el frontispicio de su programa: "Nosotros nos ofrecemos a trabajar voluntariamente por la libertad de los oprimidos; y estamos dispuestos a establecer la ayuda mutua, basada en la amistad y justicia social"... "Nosotros juntamente con todas las razas asiáticas, lucharemos por el ideal de la verdadera paz mundial".

Los manifiestos de esta organización se han pronunciado siempre en oposición total al comunismo y al socialismo extremista, y, en contraposición con los métodos de otros grupos, y en consecuencia con su lema pacifista, siempre se han abstenido de la violencia en todas sus campañas de propaganda. Se advierte también una marcada tendencia hacia la restauración de algunas de las instituciones de la pre-guerra.

El segundo movimiento derechista digno de mención es el "Zen Gakusei Undoo Junsei Kai" (Asociación por un movimiento puro estudiantil) establecido formalmente en 1956, pero cuyo nacimiento se debe a la reacción anticomunista con ocasión de los disturbios del 1° de Mayo de 1952.

Los miembros de esta unión sólo lle-

gan a 4.000 y aún hay quien juzga que esta cifra es exagerada. Sin embargo, están enroladas en sus filas hasta 23 universidades del área de Tokyo y sus tácticas propagandísticas son bien conocidas por la violencia, que les ha merecido como a sus colegas izquierdistas la desaprobación de la opinión pública y la continua vigilancia de la Policía.

Sus lemas: Destrucción del poder comunista; establecimiento de un ejército independiente y autónomo de defensa nacional; purga de profesores y estudiantes "rojos"; abolición del sistema "capital comprador". Abogan también por la revisión de la actual constitución por ellos calificada como "Constitución de Mac Arthur" y esto mismo indica, de paso, sus tendencias anti-americanistas.

Sin incluirla en ninguno de los grupos precedentes, por su confesionalidad apolítica, no puede quedar sin mención aunque sea de paso, el movimiento universitario católico, organizado en la Unión Católica de Universitarios, con un total de 1.500 miembros. El Consiliario Nacional de la Unión es el R. P. Lorenzo Nagae, Canciller-Secretario del Arzobispado de Tokyo, y el Secretario Ejecutivo el R. P. Francisco J. Boch, S. J., Director de todas las actividades católicas de la Universidad Sofía. Aunque hemos de confesar que su influencia en la gran masa universitaria no es ni puede ser en la actualidad decisiva, dado el insignificante número de universitarios católicos, su actuaciones decisivas en varias ocasiones y los resultados de las mismas, dan motivo para fundar sólidas esperanzas sobre su influencia en el futuro.

Hasta aquí nos hemos ocupado en la descripción de los principales movimientos universitarios en el Japón de la post-guerra. Por decirlo con un símil, hemos asistido al desarrollo de los diversos actos de un mismo drama, representado por un protagonista colectivo de más de medio millón de universitarios. En él hemos entrevisto los argumentos parciales del drama. Nos queda ahora el tratar de examinar el argumento principal, la vena común inspiradora de todo el drama.

Porque lo paradójico es que, inspirándose todos en un mismo argumento, quieran darle una solución completamente distinta. Y es que todos los movimientos estudiantiles, lo mismo los de la extrema izquierda que los ultranacionalistas, tienen en definitiva un mismo origen y tienden a un mismo fin. Nacieron —algunos de ellos más bien renacieron— de la crisis histórica creada por la primera derrota nacional en

la historia del Japón; y todos sus programas de acción están orientados hacia la creación de un Japón nuevo, fabricado más o menos utópicamente en las cabezas idealistas de esta juventud que habrá de ser la que rijan en el futuro los destinos de la patria.

Veamos ya el sentido de esa crisis post-bélica, con sus diversas manifestaciones en el campo estudiantil.

La crisis económica nacional creada por el desgaste de dos guerras pero especialmente por la derrota de la última, afecta de una manera particular al joven estudiante. Falto de alimentación y de bienes para poder sobrelevar los estudios, muchos universitarios se ven obligados a interrumpir sus carreras, porque ni siquiera el trabajo de sus manos les produce lo suficiente para costearse por sí mismos la pensión escolar. Los universitarios que comparan el horario escolar con el trabajo manual (arbitistas es la palabra usada entre ellos, tomada del alemán *arbeit*) llegan hasta el 70 por ciento, con horarios a veces de igual duración que los de un obrero profesional. Con este tren de vida y la insuficiente alimentación, especialmente en los primeros años de la post-guerra, nada tienen de extraño los resultados de una investigación en la que se descubrió hasta un 20 por ciento de estudiantes afectados por la tuberculosis.

Naturalmente que este ambiente de dificultades económicas, unido a la falta de educación moral y al escepticismo en los antiguos ideales, fueron el mejor terreno para la siembra de la propaganda comunista. Su acción práctica se concretó en la creación de residencias universitarias, a precios muy económicos, y otras ayudas extraordinarias para los estudiantes en quienes mayores esperanzas veían para sus propósitos proselitistas.

Sólo el comunismo les supo presentar una solución práctica a todos los problemas sociales con que se enfrentaba el Japón vencido y hasta les deslumbró con las consabidas promesas de un paraíso terrenal, prolongación del de Rusia. La Iglesia Católica no pudo, en los primeros momentos, estar presente con su mensaje social, por la sabida escasez de personal misionero en los primeros años de la post-guerra. Quienes más tarde han podido hablar de nuestro mensaje de caridad y justicia a las masas estudiantiles, como camino único para solucionar los problemas sociales, han visto la gran aceptación con que lo han acogido. Nada conocían de él y por lo mismo las doctrinas sociales de los Pontífices les sonaban a algo tan

conforme con sus altos ideales reformistas que, con la sinceridad e ingenuidad propias del joven, confesaban no entender por qué estas enseñanzas no están puestas ya en práctica en todo el mundo, pero especialmente en el católico.

Elocuente como ninguno puede ser el siguiente testimonio de un comunista convertido, precisamente al contacto de estas enseñanzas: "Entre los comunistas nunca he encontrado ni justicia ni amor. Solamente la fe en Jesucristo Redentor de todos los hombres, y sus divinas enseñanzas me han mostrado la base real de la justicia y de la caridad".

Quedaría muy incompleta la pintura de esta atmósfera estudiantil de la post-guerra si no destacáramos otro factor, tal vez de mayor importancia aún que el económico-social. Me refiero al factor moral y en consecuencia también al religioso. Las conexiones que ambos tienen con la educación son tan obvias que no hay para qué detenerse a demostrarlas.

Ahora bien, toda la educación, lo mismo la secundaria que la universitaria, en el Japón de la post-guerra es completamente irreligiosa, por no decir anti-religiosa. Baste solamente la siguiente cita de una conferencia dictada por un profesor de la Universidad de Tokyo, para hacerse una idea del concepto que sus discípulos tendrán respecto al problema religioso: "La Filosofía es el mediodía de la civilización; la Poesía, la tarde; la religión es la noche cerrada". Ante esta valoración de un profesor de la Universidad de más prestigio de todo Japón, naturalmente el que se preocupa del problema religioso y más aún el que confiesa un credo determinado es un "baka" —necio, idiota— (el insulto más fuerte en japonés) y este insulto lo han tenido que sufrir en público nuestros universitarios católicos.

Pero tal vez los números nos darán aún con más claridad una visión del panorama religioso estudiantil. Una encuesta realizada entre 4.000 universitarios sobre la religión que profesaban, dió los siguientes resultados: 6, confucionistas; 8, shintpistas; 270, budistas; 30, protestantes; 8, católicos; 1.500 ateos; 3.000 sin filiación ninguna. Otra encuesta realizada entre jóvenes de 15 a 18 años, descubrió que sólo un 14 por ciento de los mismos admitían la existencia de un Dios, siquiera fuera un Dios vago y confuso fabricado en sus mentes atiborradas de lecturas.

Al hablar de una juventud japonesa irreligiosa y atea, juzgo necesaria una

explicación de ambos términos. Irreligioso hay que entenderlo en el sentido de no estar afiliados a ninguna secta o credo religioso; que esa inquietud y desazón espiritual, de la que habla Pío XI en la "Quadragesimo Anno" del "alma naturaliter christiana", buscando a tientas una redención implícita del pecado y la necesidad de una redención del mismo, es un peso del que no pueden desentenderse por más que quieran anularlo entregándose a los placeres.

Y respecto de su ateísmo, no es un ateísmo "positivo", digámoslo así, a lo marxista, sino más bien un "pseudoteísmo", como lo calificaría Maritain en su conocida distinción del término "ateísmo". El dios que el universitario japonés no admite es el "kami", es decir, el dios que hasta ahora habían conocido por sus creencias religiosas budistas o shintoístas. Tengo la persuasión de que las estadísticas anteriormente citadas subirían considerablemente en el número de creyentes en Dios, si antes se les hubiera dado una explicación sumaria del concepto católico de Dios. Ni mucho menos creo, se dé el caso de jóvenes estudiantes que lleguen al positivo odio de Dios, como han querido inculcarles —con fracaso, por cierto— con la propaganda anti-religiosa marxista.

En donde sí ha triunfado esta campaña es en la suplantación de todo ideal religioso, innato en el corazón del joven, por el de las doctrinas político-sociales marxistas. El comunismo en efecto tiende a llenar todas las aspiraciones idealistas de la juventud y hemos de confesar que con sus falsas soluciones morales y sus lemas de paladines de la justicia y el orden social, consiguen crear una especie de pseudoreligión —la mística marxista— capaz de saciar las inquietudes religioso-morales del joven, aunque sólo sea temporalmente.

¿Qué dirección tomarán en el futuro los movimientos estudiantiles del Japón? Ningún momento, tal vez, más difícil que el presente, con la doble crisis mundial y las efervescencias de tantos intereses políticos en peligro de explosión, para atreverse a emitir una opinión decisiva sobre este punto. Reduciéndonos al plano nacional japonés, sin duda los nuevos movimientos habrán de ir influenciados por la aplicación concreta del nuevo tratado de paz con la Unión Soviética, cuando éste vaya entrando en vías prácticas de realización.

PEDRO ARRUPE, S. J.